

inmenso que se causa al orden social por salvar los principios, que se atenga á las consecuencias y no se queje del aumento siempre creciente de la criminalidad de la juventud. Él es quien hace los criminales.

Uno de los efectos inmediatos y necesarios de la extinción del sentimiento religioso es la inmoralidad pública, que á su vez contribuye á disminuir ese mismo sentimiento religioso, y llega hasta el corazón del niño y del joven por medio de la familia y por medio de los espectáculos, la revista y el periódico. Mucho puede conseguir sobre este punto la acción de los particulares; pero encuentra obstáculos que sólo pueden ser superados por el Poder público con disposiciones severas y eficaces contra los explotadores de las pasiones de la juventud y los degenerados industriales de la inmoralidad. No hay Estado culto que no haya tomado sus medidas respecto á ciertos géneros de espectáculos; pero la Prensa goza de especiales privilegios que, en nombre de la moralidad pública, en nombre de la salvación de la juventud y en nombre de la cultura, hay que destruir.

El célebre filósofo francés Fouillée, á quien no puede acusarse de clerical, ni siquiera de creyente, por desgracia, después de exponer los daños incalculables que la inmoralidad, propagada por la Prensa, causa al individuo, á la familia y á la raza, dice lo siguiente: "Un Gobierno que se cruza de brazos ante el desbordamiento de la pornografía da pruebas de estupidez política, y al propio tiempo de envilecimiento moral... Nuestro Gobierno es el único en el mundo (Fouillée no debía de conocer los Gobiernos españoles) que, con el pretexto de libertad, se abstiene de impedir las publicaciones inmorales. Y se le ha hecho saber muchas veces que el Gobierno es el único que podría obrar aquí con eficacia; los particulares, entregados á sus propias fuerzas, son impotentes contra la vasta acción, de un carácter eminentemente social, ejercido por el cuarto Estado." Y agrega en otra parte: "Todas las exhortaciones hechas á los periodistas y á los hombres de negocios que dirigen los periódicos han sido inútiles. Es preciso que intervenga el apremio de las leyes, y que la se-